

“LOS CABALLEROS DE LA CRUZ”

A Julio César García, condiscípulo espectacular.

Es don Ricardo León y Román uno de los pocos ingenios españoles contemporáneos que no han renegado de su casta privilegiada y gloriosa, de su nobilísima estirpe literaria, de su claro linaje intelectual. Digno sucesor es de esos magníficos escritores castellanos que al declinar la próxima pasada centuria le dieron nueva vida a la literatura peninsular. Ama don Ricardo intensamente a su patria, y en divulgar sus tradiciones singulares, vive empeñado.

Amigo fidelísimo es de las obras de antaño, y

el vino añejo que remoja el alma,

de que habló Menéndez y Pelayo, es, según lo declara el mismo León en *Escuela de los sofistas*, lo que más le cautiva. Profaza, abomina, por lo contrario, a estos descastados de ogaño, que sólo andan a caza de innovaciones gabachas.

Ricardo León ha cultivado y embellecido, como pocos, la nobilísima lengua de Castilla, que él cantó en períodos seductivos y grandilocuentes al pisar los umbrales de la Academia Española, de esa corporación ilustre que, «atenta sólo a defender la honra y soberanía del lenguaje español, permanece há dos siglos en su glorioso puesto, ajena a todas las facciones, cumpliendo su misión bienhechora bajo las lumbres claras y perennes de la Ciencia y la Tradición, de la Autoridad y el Progreso.»

El estilo del maestro es correcto y elegante, castizo y armonioso, como que él se ha nutrido en las fuentes purísimas e inagotables de los clásicos y *en ellas aprendió las leyes eternas del buen gusto y de la belleza.*

De afectado y de declamador se le ha tachado, empero. ¡Donosa censura! ¡Cual si fuese mal hecho usar vocablos castizos en vez de bárbaros galicismos, emplear giros y frases impecables y adaptados a la sintaxis castellana en lugar de las bastardas construcciones que suelen usar algunos escritores de hoy! Y por otra parte, para hablar de España, de su lengua, de su historia, de sus *heroicos blasones*, ¿qué palabras de glorificación y de loor estarán por demás? ¿Podrá haber prodigalidad de alabanzas al tratarse de estas cosas, que son los temas predilectos del maestro? Nunca será mucho el entusiasmo, el brío, el vigor que se empleen en hablar de asuntos tan famosos.

Verdad es que, en algunas descripciones y enumeraciones, hay más de lo que fuera estrictamente necesario; cierto también que párrafos y aun capítulos casi enteros hállanse escritos en versos sin rima, en lugar de prosa. Pero en punto de colorido y armonía las sobras perjudican menos que las mermas. Es más fácil podar el árbol exhuberante de follaje que hacerle producir hojas y flores al desmedrado arbustillo plantado en tierra estéril.

Se ha dicho, asimismo, que es Ricardo León un servil imitador de los clásicos. Me basta, para contestar a quienes eso dicen, repetir el concepto que profirió, no há mucho, en la Real Academia, el eximio Maura: concepto que tiene en su precisa y dogmática fórmula algo así como el sello soberano de lo inapelable: «Ricardo León no es un imitador de los clásicos, es un nuevo clásico.»

Muchos que se llaman admiradores de don Ricardo dicen que como novelista nada vale. *Sus obras no tienen fondo* es la fórmula con que los tales expresan su parecer al respecto.

Que en las novelas de León no se desarrollan tramas milagrosas, propias para entretener mentalidades

primitivas; que no se ofrecen en ellas al lector *sensiblerías* de mal gusto, y que lo *espantable* y lo inverosímil no tienen cabida en ellas, evidentísimo es. De más insigne alcurnia son las concepciones de don Ricardo.

Pero en la verdadera novela, ¿no son elementos capitales el estudio de caracteres, la pintura de individuos que encarnen los tipos de la gente con que a diario nos codeamos, o de la que sin ser de esta especie nos interesa también, porque al fin y al cabo no por menos común es menos real? Pues ¿y en dónde hallamos retratos hechos con más vívidos colores que en *Casta de Hidalgos*? Conocemos aquí, como si en efecto existiese, como si viéramos a Jesús de Ceballos el compatriota de Gil Blas, inquieto y aventurero como éste, al principio, y a esa multitud de rufianes y jorgolines con quienes anduvo nuestro hijodalgo en lances que desdijeron de su casta; conocemos también a su padre el varón integérrimo, dechado insigne de castellanos nobles, amén de otras personas que interesan además. Magníficas son las descripciones de la obra. Al leerla nos sentimos en la apacible y noble Santillana, la ciudadela rancia, «apartada del bullicioso comercio de las gentes.»

Con *Casta de Hidalgos* se dio a conocer don Ricardo, y es tan notable esta novela, que bien pudiera decirse por esto, de León, lo que de Guillermo Camacho dijo, con mucha razón, un estilista insigne, acaso el que con más elegancia y corrección maneja el idioma entre nosotros (1): «desde su primer escrito salió su pluma armada de punta en blanco, experimentada y docta.»

La más flaca de sus obras llamó Ricardo León a *Los Centauros*, y así y todo, en pocas partes se nos

(1) Doctor don Diego Rafael de Guzmán Secretario de la Academia Colombiana.

ha presentado tan cumplidamente el tipo de la mujer cristiana; la felonía y la nequicia difícilmente se podrán personificar mejor que en esa multitud de zaragateros y truhanes que contrastan con Carmencita de Acuña; las escenas dionisiacas de la Almanzora y de algunas otras casas de no muy honestos moradores, están concertadas con mucho colorido.

La psicología ha venido a tomar parte principalísima en la novela contemporánea, y ¿qué otra cosa es la historia trágica de los amores de Alfonso y Elena que en *Alcalá de los Zegries* se relata con acentos de sublimidad, sino el más profundo estudio del corazón humano?

En *Comedia Sentimental*, ¿encontraste, lector, planteado un problema social importantísimo? En esas páginas deliciosas, en esas frases diáfanas, en esos períodos limpios y serenos, hay algo que revela, no digo ya al dechado de prosadores, sino al pensador, al observador, al novelista de costumbres. En esta novela, exenta de obscenidades vulgares, hay un estudio completo, maestro, de los solterones.

¡Y *Amor de los amores!* El contraste entre los dos esposos de la torre; la evolución pérfida que se efectúa en el corazón de la imbécil doña Juana con respecto al tenebroso y sombrío Felipe Crespo; la mística locura o ¡Dios sabe! si la mística cordura del hidalgo, y cien cosas más de este jaez, no nos dejan quedar mal en lo que venimos sosteniendo.

Ni quiere decir todo esto que yo vea en don Ricardo un novelista como el egregio Bourget, que es ante todo psicólogo y sociólogo, y no como se quiera, sino de los más eminentes que en el mundo han sido. León cree, como don Iñigo López de Mendoza, el famoso Marqués de Santillana, que ha de ser la literatura *fermosa*, óigase bien, *FERMOSA cobertura de la verdad*, y los estudios que nos da en sus obras, que no

son ni con mucho de la magnitud de los del novelista francés, vienen con tan *fermosa cobertura* que ésta sola le bastaría al maestro para tener tan merecido su singular renombre.

Además son las novelas de León, cuadros maravillosos de costumbres, esencialmente regionales unas, más universales otras, pero realísimas todas.

Pues héteme aquí, lector amable, que este don Ricardo León, espejo de patriotas, nos ofrece ahora una nueva producción de su ingenio.

Nos acaba de dar la primera parte de una obra que nos promete continuar, en la cual pretende «dibujar un boceto de psicología española con los rasgos y perfiles más propios y originales de su castiza tradición.»

Los Caballeros de la Cruz intituló el maestro su nueva producción, nombre sugestivo, como él los acostumbra, y que nos recuerda el donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería del Ingenioso Hidalgo, en que le cupo, en mala suerte a «El Caballero de la Cruz» ir al corral, tras breve y discreta sentencia del cura: «Por nombre tan santo como este libro tiene se podría perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: tras la cruz anda el diablo.»

En el nuevo libro corren parejas la robustez del pensamiento y la galanura del estilo. No se aderezó esta obra para entretener imaginaciones vulgares. Para leerla con gusto es menester además tenerle a España un verdadero amor, pues sólo así es posible sentir y comprender cuanto dice el maestro sobre su tierra bendita. El plan de la obra completo, no únicamente del volumen que tenemos a la vista, nos lo da el autor en el último capítulo de «Lección de los siglos;» que es una especie de introducción a su estudio.

«Intento discernir primero, dice, como antecedente lógico *La sensibilidad de la raza*.... Contemplaremos en *La selva heroica* la tradición épica de Castillo.... En *La edad de oro* gozaremos, en sabrosa plática, de los halagos del arte.... En *La España militante* veremos retomar con nueva pujanza la tradición heroica,» etc.

Solamente *La sensibilidad española* y *La selva heroica* están en esta primera parte, precedidas del proemio o especie de tal, que ya mentamos.

En éste nos habla León de lo pretérito y de la relación de conocimiento entre los contemporáneos y lo antiguo. Nos muestra cómo el medio actual es impropio para la estimación de lo añejo, y cómo el concepto que de lo viejo nos formamos anda muchas veces reñido con la exactitud. Esta es la *incomprensión* en general. Concrétase luego a estudiar la española y la extranjera con respecto a España. La española proviene, según él, «de ausencia de cultura castiza, de irreflexiva afición a las novedades extranjeras y del desconocimiento, cuando no es odio, de la fe.»

Después de exponernos la naturaleza, causas y efectos de la *incomprensión* nos indica los medios que él cree adecuados para contrarrestarla, que son, ni más ni menos, los que él ha empleado tan eficazmente, los que le han franqueado las puertas de *las sirenas* y *ralladas aulas de antaño*.

Se ha dicho que al tratar don Ricardo de la *sensibilidad española* quizá se exagera un poco, pero idénme a mí todos los días de estas exageraciones!

Ha sido lugar común el decir que el sentimiento de la naturaleza fuese antaño desconocido. En Rousseau y en el Romanticismo creían muchos ver el origen y el cultivo, respectivamente, del *amor al paisaje*, de la *ternura de las cosas*.

Era preciso que una mentalidad acendrada en la noble disciplina de las antigüedades se dejara venir

lanza en ristre contra esta falsedad histórica, que como tantas otras, ha venido a ser *tópico vulgar*. Y don Ricardo ha venido a cumplir muy airosamente la misión patriótica.

Procede también aquí de lo universal a lo particular; después de sostener que es el *sentimiento de la naturaleza* tan antiguo como el primer hombre a cuya vista se presentaron maravillas tantas, se concreta a la *sensibilidad española*, y se entra por esos mundos, que le son familiares, de la literatura nacional, para mostrarnos tesoros de rica sensibilidad en la poesía clásica y aun en la prosa rancia de los antiguos pendolistas.

¡Y con qué elocuencia, y con qué tonos de grandiosidad nos habla luégo don Ricardo del sentimiento en los místicos! Teresa de Jesús, los Luises y los Juanes, apologista insigne tienen aquí.

Al disertar sobre el *sentimiento del arte*, plantea con mucha discreción el viejo problema del *realismo*. A fuer de buen español lo proclama, pero lo quiere con *fuerte levadura romántica*, «entendiéndose por romanticismo no el troquel, por ancho que fuere de una escuela, sino ese rico fermento moral que pone en acción todas las fuerzas interiores, esa virtud que sazona, levanta y sublima las más groseras realidades.»

León se coloca, pues, en el *justo medio* que tanto respetamos los que hemos tenido la fortuna de educarnos en este *Colegio del Rosario*, «seminario de la doctrina tomista,» en donde el escolasticismo no es privativo de las aulas, sino que a todo se extiende, todo lo vivifica, lo purifica todo. Escolasticismo respiramos, y esto equivale a decir que es pura, sagrada, la atmósfera intelectual en que vivimos.

Y esa combinación adecuada del realismo y el idealismo, que con tanta gallardía difunde don Ricardo, es también, según él mismo nos lo prueba, la que ha

inmortalizado los monumentos típicos de la raza, las obras representativas del genio ibérico.

Ni nos detendremos ahora a comentar los capítulos maravillosos sobre el sentimiento religioso y caballeresco en España. En la conciencia de tirios y troyanos está que es nuestra madre Patria firmísimo y singular asiento de la hidalguía, del honor y de la religiosidad. Nunca nación alguna poseyó tales virtudes en tan alto grado y tan armoniosamente combinadas. Y en la literatura verdaderamente nacional, en la que no recibió influencias más o menos directas de otros pueblos, es en donde se transparentan aquellos claros sentimientos. Válganos, si no, la mística, el teatro de la edad de oro y el *Quijote* que son los monumentos más originales de la raza.

¡Y el sentimiento de la justicia! Nos pinta León a España como pueblo esencialmente demócrata, y, con mucha razón. Con ser monarquía tiene más sentimientos y costumbres democráticos España que Francia, pongamos por caso que en medio de su exótica demagogia tiene los más absurdos resabios de aristocracia. Ni es menester acudir a la historia para acreditar la democracia española; basta recordar a don Alfonso XIII, dechado de monarcas y espejo de gobernantes que en buena hora le deparó Dios a España.

Para hablarnos León del amor a la mujer española hace, en períodos elocuentísimos, el más completo elogio de ésta. Justificaríanse cualesquiera palabras de loa a este respecto, con sólo recordar a Isabel la Católica, de quien se dijo, con sobrada razón, que reunió en sí el genio y la actividad que les había faltado a los otros príncipes de la casa de Trastámara.

Y en frases juguetonas unas, graves otras, letificas todas, canta don Ricardo *La alegría española*, para poner fin a este segundo libro de la primera parte.

En *La selva heroica* estudia, como queda dicho, *la tradición épica de Castilla*. Aquí hace el maestro el papel de *cicerone*. Nos va llevando al través de la *selva*, que él conoce como nadie y nos va mostrando los poemas de antaño, ora trasladando las narraciones de aquellos rapsodas a su prosa elegante, ya intercalando el texto arcaico de esas epopeyas.

Comienza con el poema Cid y le dedica preferente atención, cosa muy natural, porque esta gesta no es sólo el primer monumento conocido de la literatura castellana, sino una obra digna, aun por otros aspectos, de singular aprecio.

El poema del Cid es de los poemas primitivos, de los poemas verdaderos, como los homéricos, como el Mahabarata y el Ramayana; no de los poemas clásicos, literarios, como la Eneida.

Es lo más seguro que el juglar ignoto que cantó a Ruy Díaz no tuviera ni aun noticia de que la Odisea existiese, y no obstante el poema español tiene espíritu homérico, y nos llaman la atención en él cosas que parecen tomadas inmediatamente del poema helénico. El medio ambiente se mostró tan propicio en la Edad Media como en la antigüedad a esta clase de epopeyas, y la ingenuidad, la sencillez, pudieron ser patrimonio de los poetas de una y otra época.

Del siglo XII es la *Gesta del mío Cid*, época en que Ruy Díaz de Vivar era una figura no muy remota, pero tampoco contemporánea. Y que Ruy Díaz existiese es un hecho probado, evidente. «Tipo completo del héroe de la Edad Media, genuina encarnación de los ideales caballerescos de esa época llena de poesía y de fe,» fue el Campeador de Vivar. El autor del poema no se conoce. *Pero Abad lo hizo*, dice el manuscrito, más acordes están los críticos en que el tal no fuese sino un copista.

Cuando don Tomás Antonio Sánchez publicó esta epopeya, elogiándola mucho, se rieron de él los críticos literarios de la época. A los eruditos investigadores del siglo XIX que se dedicaron con tesón benedictino al estudio de las literaturas anteclassicas, era a quienes les estaba dado apreciar debidamente aquellos monumentos medioevales.

Quien fuese a leer el Cid con el mismo criterio con que se lee una oda de Fray Luis o una égloga de Garcilazo, fiasco se llevaría, porque en el Cid es naturalmente pesada la versificación y arcaico el lenguaje; pero, en cambio, hechizan en él la *sencillez augusta*, los ingenuos entusiasmos del cantor, las descripciones magníficas y el sello de españolismo que lo caracteriza. En este poema está reflejada toda la época y por eso se ha dicho de él, con mucha razón, que es una pequeña Castilla del siglo XII.

Un mérito singular del poema del Cid, digno de tenerse en cuenta, es el de la realidad que lo anima. Ruy Díaz no salió de la peñola del tronera con carácter semi-divino, sobrenatural, sino muy humano, con innumerables virtudes pero con defectos también. Y esto es lo que distingue esta gesta de las obras de la época.

Cuhnor, citado por Eusalio Robledo, considera el poema del Cid como la obra de más naturalidad, más llena de energía y colorido, más verdaderamente hija de su tiempo, que produjo la Europa entera desde la ruina de la civilización romana hasta la aparición de la Divina Comedia.

En todas épocas y en diversas literaturas ha sido el Cid objeto de valiosas obras, y aun ha habido quien escriba sobre la jurisprudencia del poema del Cid.

De Fernán González, de Bernardo del Carpio, y en general de aquella edad heroica en que los conterráneos y descendientes de don Pelayo lucharon con denuedo por abatir el pabellón musulmano, de esos *claros varo-*

nes y de esa época admirable, repito, nos habla también León en sabrosos capítulos, al final de su libro.

Que vayan pues los hispanófilos de buen gusto a solazarse con las páginas castizas y vigorosas de *Los Caballeros de la Cruz*.

EDUARDO ZULETA ANGEL, B. A.
Colegial de número.

EL ROCIO

Para Anibal G. Castro.

Circundado por vívido celaje
el sol descende, lento, tras la cumbre;
y con destellos de rojiza lumbre
roba a las nubes su blancor de encaje.

Rasga la tierra su lumíneo traje
en férvida señal de pesadumbre
y al desaparecer allá en la cumbre
el sol, torna funéreo su ropaje.

Y cuando, a la mañana, su carrera
renueva el sol desvaneciendo el manto
sombrio de la esfera,

la sorprende en ardiente desvarío
toda cubierta de radioso llanto:
las gotas de rocío.

J. A. TOVAR DAZA.

